
ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

Verona. Una plaza.

Entran MERCUCIO, BENVOLIO, PAJE y SIRVIENTES.

BENV. Ruego que nos vayamos, buen Mercucio;
Hace calor; están los Capuletos
De broma, y de encontrarlos habrá gresca;
Que hierve en la cánicula la sangre.

MERC.—Tú eres de éstos que al entrar en los límites de una taberna colocan su espada sobre la mesa, exclamando: «Haga Dios de manera que no te necesite»; y, al beber el segundo trago, sin razón ninguna, contra quien el vino saca, la sacan.

BENV.—¿Y de éstos soy yo?

MERC.—Vamos, vamos. Eres mozo tan iracundo como el que más en Italia, y tan fácilmente provocan tu cólera, como tú, colérico, provocas.

BENV.—¿Cómo es eso?

MERC.—¡Vaya! Hubiera dos como tú, y pronto no los habría, porque el uno mataría al otro. ¡Tú! Pues si tú eres ca-

paz de armar camorra con cualquiera sobre si tiene ó no tiene pelo más ó menos que tú en la barba. Si eres capaz de pelearte con uno que tueste castañas, por la sola razón de que tu cabello es de ese color. ¿Qué vista otra que la tuya escudriñara motivo para igual querella? Tan repleta está de guerra tu cabeza, como de sustancia un huevo, y en verdad que cascada ha sido en pendencias como si verdaderamente lo fuese. Te peleaste con uno porque tosió en la calle y despertó á tu perro que dormía tendido al sol. ¿No te incomodaste con un sastre porque estrenó su dormán antes de Pascua de Resurrección? ¿Con otro individuo porque amarró sus zapatos con cintas viejas? Y sin embargo, ¿pretendes darme lecciones de prudencia tú?

BENV.—Si fuera yo tan pendenciero como tú, cualquiera debería comprar mi vida por hora y cuarto á censo.

MERC.—¡Oh censo censurable!

BENV.—¡Por vida mía! Aquí llegan los Capuletos.

MERC.—¡Voto á tal! Nada me importa.

Entran TEOBALDO y otros.

TEOB.—No os apartéis que voy á hablarles.—Caballeros, buenas tardes. Una palabra con uno de vosotros.

MERC.—¿Sólo una palabra con uno de nosotros? Venga acompañada de algo más. Sea palabra y golpe.

TEOB.—Caballero, á eso me veréis dispuesto si me dan motivo.

MERC.—¿Y no sabéis hallar motivo sin que os lo den?

TEOB.—Mercucio, vos y Romeo concertados...

MERC.—¡Concertados!—¿Nos creéis músicos? Pues aunque de músicos nos calificuéis, no esperéis de nosotros más que discordancias. Aquí está mi arco de violín que os hará bailar. ¡Voto va! ¡Concertados!

BENV. Estamos en la calle. Retiraos

A lugar conveniente, do con calma

Habléis de vuestras quejas, ó bien idos.
Fijos están del público los ojos
En nosotros.

MERC. Los ojos de las gentes
Para mirar se hicieron. Que nos miren;
No cambio de lugar á gusto ajeno.

TEOB. Quedad, señor, con Dios. He aquí mi mozo.

Entra ROMEO.

MERC. Ahórquenme si usó vuestra librea.
Os seguirá si os dirigís al campo;
Por eso le dirá vucencia «mozo.»

TEOB. Romeo, el odio que me inflama admite
Esta frase no más. Un vil tú eres.

ROM. Teobaldo, los motivos que me inducen
A quererte, la rabia disimulan
De tal saludo. Vil jamás he sido,
Y por lo tanto, adiós. No me conoces.

TEOB. Imberbe! No así excuses las ofensas
Que me hiciste. Detente, y ponte en guardia.

ROM. No te ofendí jamás. Yo te lo juro;
Al contrario, te aprecio como nunca
Podrás imaginar, hasta que sepas
De mi cariño la razón. Por tanto,
Buen Capuleto, nombre que venero
Cual el que llevo yo, queda mi amigo.

MERC. Paciente, deshonrosa y vil bajeza.
«Alla stocatta.» Que eso lo decida.
Teobaldo, mata-ratas, ¿paseamos? (Desenvaina.)

TEOB. ¿Qué queréis vos conmigo?

MERC — Noble rey de gatos, sólo una de vuestras siete
vidas que me permitiré tomar, y luego, en compensación
de cómo me vais á tratar, curtiros á palos las otras seis.
¿Queréis agarrar por las orejas vuestra espada y sacarla

de su vaina? Andad listo, ó si no la mía andará cerca de vuestras orejas antes que la saquéis.

TEOB. Estoy pronto. (Desenvaina.)

ROM. Buen Mercucio, detente.

MERC. Vamos, caballero. Vuestra passata. (Se batien.)

ROM. Desenvaina, Benvolio: á separarlos.
Caballeros, ¡qué oprobio! Reprimílos,
Teobaldo y tú Mercucio. Formalmente
El Príncipe ha prohibido armar contienda
De Verona en las calles. Deteneos.
Teobaldo, buen Mercucio.

(Vanse Teobaldo y los suyos.)

MERC. Me han herido.

¡Que mala peste alcance á entrambas casas!

Me aviaron. ¿Marchóse y nada lleva?

ROM. ¿Te hirieron?

MERC. Sí, sí tal. Un arañazo.

Un arañazo, pero basta. ¿En dónde

Mi paje está? Que cirujano busque.

(Vase el paje.)

ROM.—¡Valor! Quizás la herida no sea cosa.

MERC.—No, no es tan profunda como pozo, ni tan ancha como puerta de iglesia; pero es lo bastante. Servirá. Preguntad por mí mañana, y veréis qué tieso estoy. Ya me hallo en escabeche para este mundo. ¡Mala peste á vuestras dos casas! ¡Votó va! ¡Que un perro, que una rata, que un ratón, que un gato mate á arañazos á un hombre! ¡Un perdonavidas, un tunante, un canalla, que se pelea por reglas de aritmética! ¡Por qué diablos te interpusiste? Me hirió por debajo de tu brazo.

ROM. Buena fué mi intención.

MERC. Vamos, Benvolio,
Llévame á cualquier parte, ó me desmayo.
¡Que mala peste alcance á entrambas casas!

Ya soy yo carne de gusanos. Tengo
Cuanto era necesario. ¡Vuestras casas!

(Vanse Mercucio y Benvolio.)

ROM. Este noble, del Príncipe allegado,
Mi íntimo amigo, por mi causa muere.
Manchado está mi honor con las injurias
De Teobaldo. ¡Teobaldo, que es mi deudo
Desde hace poco! Tu beldad, Julieta,
Me afeminó, y en mi carácter blando
Se destempla el acero de mi brío.

Vuelve á entrar BENVOLIO.

BENV. ¡Oh Romeo! Mercucio ya no existe.
Ese espíritu audaz, que despreciaba
La tierra ha poco, se lanzó á las nubes.

ROM. Este día fatal otros engendra
Que extremarán los males que él inicia.

Vuelve á entrar TEOBALDO.

BENV. El furioso Teobaldo ya retorna.

ROM. Vivo y triunfante está. Muerto Mercucio.
Huye á los cielos, pues, dulce templanza,
Y ciega furia mi conducta guíe.

Teobaldo, la palabra «vil» que usaste
Te devuelvo ahora yo; que de Mercucio
El alma está cerniéndose cercana,
Esperando la tuya, y es forzoso
Que tú, ó yo, ó entrambos la sigamos.

TEOB. Tú, necio, que con él te acompañabas,
Vé con él.

ROM. Este golpe lo decida.

(Se baten, y Teobaldo cae.)

BENV. Romeo, véte. Huye. Los vecinos
Se acercan, y Teobaldo muerto yace.

No te aturdas; si te hallan, condenado
A muerte vas á ser. Huye, pues, presto.

ROM. ¡Triste ludibrio de la suerte!

BENV. Huye.

Entran CIUDADANOS.

CIUD. 1.^o ¿Por dónde ha huido quien mató á Mercucio?
Teobaldo, el asesino ¿adónde ha huido?

BENV. Teobaldo ahí yace.

CIUD. 1.^o Levantaos, seguidme,
Obedeced del Príncipe en el nombre.

Entran el PRÍNCIPE y acompañamiento, MONTESCO,
CAPULETO, sus esposas y otros.

PRÍNC. ¿Dónde están los autores de este lance?

BENV. Príncipe excelso, referir me es dado
De esta lucha fatal la triste causa.
Mató Romeo al hombre que aquí yace,
Y éste al bravo Mercucio, vuestro deudo.

S. DE C. ¡Teobaldo! ¡Mi sobrino! ¡De mi hermano
El hijo! ¡Ay Dios! ¡Oh Príncipe, oh esposo,
Oh sangre de mi deudo derramada!—
Príncipe, pues sois justo, del Montesco
Sangre verted por la vertida nuestra.
¡Oh sobrino, sobrino!

PRÍNC. Dí, Benvolio,

¿Quién principió tan sanguinaria lucha?

BENV. Teobaldo, á quien despues mató Romeo.
Romeo dulcemente le exponía
Lo fútil de sus quejas, recordando
Vuestro mandato al par; mas todo esto,
Dicho sin acritud, con faz serena
Y cortés continente, no fué parte
Á amortiguar la bilis irritada

De Teobaldo, que, sordo á la concordia,
 Arremeti6 con penetrante acero
 Al pecho de Mercucio. Enfurecido,
 Hierro mortal Mercucio á hierro opone,
 Y, con desd6n marcial la fría muerte
 Apartando de sí, diestro la ordena
 Á Teobaldo tornar, y 6ste, ligero,
 La rechaza tambi6n. Exclama entonces
 Romeo: «Paz, amigos; paz, amigos.»
 Y pronto, cual su lengua, el ágil brazo
 Separa los mortíferos aceros,
 Y se interpone. Mas Teobaldo asesta
 Bajo ese brazo bárbara estocada,
 Que hurta la vida del gentil Mercucio.
 Huye Teobaldo, pero luego torna
 Y halla á Romeo que en furor ya ardía,
 Y á la lucha cual rayos se abalanzan;
 Pues antes de poder usar mi acero,
 É interponerme, sucumbió Teobaldo.
 Huyó entonces Romeo. Ved la entera
 Verdad narrada, ó que Benvolio muera.

S. DE C. No es verdad: del Montesco fiel pariente,
 Á mentir el cari6n le ha inducido:
 Lucharon en el lance más de veinte,
 Y una vida no más han conseguido.
 Pido justicia, Príncipe; Romeo
 A Teobaldo mató, debe su vida.

PRÍNC. A Mercucio él mató por lo que veo.
 ¿Quién es deudor de sangre tan querida?

MONT. Romeo no, pues de Mercucio amigo,
 Al matar á Teobaldo, ha anticipado
 El fallo de la ley.

PRÍNC. Yo le castigo
 Por eso, y quede al punto desterrado.

El alma turban vuestros odios fieros;
 El corazón tanta fiereza llaga;
 Por tanto, pena tal he de imponeros,
 Que el fin llorar de mi pariente os haga.
 Ni habrá súplica ó queja que en mí influya;
 Seré á ruegos y lágrimas inerte;
 No habléis, pues; que Romeo de aquí huya,
 O, hallado, encontrará segura muerte.
 Alzad el cuerpo. La clemencia mata
 Si del perdón del asesino trata. (Vanse.)

ESCENA II.

Jardín en la casa de Capuleto.

Entra JULIETA.

JUL. Raudos corred, flamígeros corceles,
 A la mansión de Febo. De Factonte
 La fusta, en el ocaso os precipite,
 La nebulosa noche adelantando.
 Corre ¡oh noche! tu espeso cortinaje.
 Sol, cierra ya tus penetrantes ojos,
 Y silencioso acuda mi Romeo,
 Invisible arrojándose en mis brazos.
 De su beldad á los destellos, cumplen
 Sus ritos amorosos los amantes,
 Que, cual ciego, el amor ama la noche.
 Ven tú, noche solemne; ven, matrona,
 Que humilde y negra túnica revistes,
 Y enséñame á perder el fácil juego
 Donde empeñada va nuestra pureza.

Encubre con tu manto denegrado
 La virgen sangre que en mi faz palpita,
 Hasta que amor novel, sin sonrojarse,
 De amor veraz acepte las ofrendas.
 Ven, noche; ven, Romeo; tú, que día
 Eres en esta noche; tú, que yaces
 Sobre las negras alas de la noche
 Como copo de nieve sobre el cuervo,
 Ven, noche amante, tenebrosa noche,
 Y dame á mi Romeo. Cuando espire
 Recórtalo en pedazos, y haz estrellas
 Para adornar la faz del firmamento,
 Y el mundo, enamorado de tu brillo,
 No rendirá tributo al sol radiante.
 Alcázar de mi amor tengo comprado,
 Pero aún no lo poseo. Me he vendido,
 Y aún no soy de mi dueño. ¡Largo día!
 Tan largo como víspera de fiesta
 Para impaciente niño á quien prohíben
 Entre tanto estrenar su nueva veste.
 ¡Oh! ya llega mi ama con noticias.
 No hay lengua si me habla de Romeo
 Que elocuencia celeste no posea.

Entra el AMA con una escala de cuerdas.

Ama ¿qué nuevas? Eso ¿qué es? ¿La escala
 Que Romeo te dijo?

AMA. Sí, la escala.

(Tira la escala al suelo.)

JUL. ¡Ay de mí! ¿Qué ha ocurrido? ¿Por qué, dime,
 Cruzas así las manos?

AMA. ¡Dios me asista!

¡Murió, murió, murió! Señora, estamos
 Perdidas sin remedio, sin remedio.

- Murió, sí, lo mataron. ¡Es difunto!
- JUL. ¿En el cielo maldad tan grande cabe?
- AMA. Cabe en Romeo. ¿Quién jamás, Romeo, Tal pudo imaginar de tí, Romeo?
- JUL. ¿Qué Luzbel eres tú que así me aterras? Tamaño horror en el infierno sólo Debe rugir. ¿Se suicidó Romeo? Dime «sí», y esa sílaba es bastante: Más ponzoña tendrá que la mirada Mortífera del fiero basilisco. «No» soy yo, si ese «sí» tú pronunciaras. Cierra esos ojos que á ese «sí» te obligan. Mas dí «sí» si está muerto, «no» si vive; Mi angustia ó dicha breve són motive.
- AMA. Su herida ví: la he visto con mis ojos, ¡Dios la bendiga! sobre su ancho pecho. Triste cadáver en su sangre tinto, Pálido cual la cera. Envuelto en sangre, Sangre cuajada, desmayé á su vista.
- JUL. ¡Oh corazón, estalla! ¡Triste, estalla! Ojos, á vuestra cárcel; nunca libres Seréis ya más. Vil tierra á tierra torna. Ahora á morir. El mismo mausoleo Te encierre á tí que encerrará á Romeo.
- AMA. ¡Oh tú, Teobaldo, mi mejor amigo, Caballero sin par, gentil Teobaldo, Que para verte muerto esté yo viva!
- JUL. ¿Qué borrascoso torbellino es éste? ¿Romeo muerto y muerto está Teobaldo? ¿Mi amado primo y más amado dueño? Resuene, pues, del juicio la trompeta. Si esos dos ya murieron, ¿quiénes viven?
- AMA. Murió Teobaldo, á quien mató Romeo, Y Romeo se encuentra desterrado.

- JUL. ¡Ay Dios! ¿La mano de Romeo sangre
De Teobaldo vertió?
- AMA. Sí tal. ¡Ay triste!
- JUL. ¡Oh corazón de sierpe, recubierto
De semblante de flores! ¿Cuándo tuvo
El dragón tan espléndida caverna?
Bello tirano, angelical demonio,
Cuervo que ostenta plumas de paloma,
Cordero que de lobo tiene instintos,
Sustancia vil de célica semblanza,
Lo opuesto de lo hermoso que aparece,
Santo maldito, criminal honrado,
¿Qué procurabas tú, naturaleza,
En los infiernos, cuando así encerraste
En el Edén de tan gentil sustancia
De un réprobo el espíritu? ¿Qué libro
De materia tan vil, tan ricamente
Encuadernado fué?—¿Que la falsía
En alcázar se albergue tan hermoso!
- AMA. No hay ni verdad, ni fe, ni honra ninguna
En los hombres. Son falsos, son perjuros,
Malvados todos, embusteros todos.—
¿Y mi escudero? Vamos... Aguardiente.
Estas penas, angustias y tristezas
Me envejecen. ¡Qué oprobio el de Romeo!
- JUL. ¡Mal haya, amén, la lengua que tal dice!
No cabe en él oprobio, que el oprobio
No osa posar sobre su noble frente,
Trono donde el honor fué coronado
Omnímodo monarca de la tierra.
¡Necia de mí! que ha poco lo culpaba.
- AMA. ¿Y hablarás bien de quien mató á tu primo?
- JUL. ¿Y puedo hablar yo mal del que es mi esposo?
Mas ¿por qué, vil, mataste al primo mío?

A mi esposo mi primo vil matara.
 ¡Atrás, llanto rüin! Torna á tu fuente.
 Las gotas esas, del dolor tributo,
 Engañado ofreciste á mi ventura.
 Vive mi esposo, á quien matar quisieron,
 Y muerto está quien pretendió su muerte.
 Ánimo, pues; ¿á qué mi triste lloro?
 Otra palabra oí, que más angustia
 Me causó que la muerte de Teobaldo,
 Que me asesina y que olvidar quisiera,
 Pero que está grabada en mi memoria
 Cual delito en el alma del culpable.
 Teobaldo muerto está, y está Romeo
 Desterrado. La voz de «desterrado»
 La muerte de diez mil Teobaldos vale.—
 ¿De Teobaldo la muerte no bastaba?—
 O si el dolor en la compañía goza,
 Y es fuerza que se junten los pesares,
 ¿Por qué cuando exclamó «Teobaldo ha muerto»
 No me agregó «tu padre ó madre ó entrambos»,
 Y angustia natural me conmoviera?
 Mas á la muerte de Teobaldo sigue
 «Romeo desterrado». En esa frase
 Va de mi padre y madre, de Teobaldo,
 De Romeo y Julieta el fin prescrito.
 «Romeo desterrado». Fin no encuentro,
 Límite, ni medida, ni horizonte
 En esa voz mortal, ni habrá palabras
 Que alcancen al abismo de mi pena.—
 ¿En dónde están mi padre y madre? díme.
 AMA. Lloran sobre el cadáver de Teobaldo.
 ¿Vas allí?—Deja, pues, que te acompañe.
 JUL. Que laven con su llanto sus heridas;
 Después, por el destierro de Romeo,

Serán mis tristes lágrimas vertidas.
 Toma esas cuerdas tú. De dulce empleo
 Os priva ya su ausencia, que vendidas
 Ahora al dolor os veis cual yo me veo.
 Del lecho mío senda proyectada,
 Morir me veis doncella desposada.
 ¡Cuerdas, adiós! ¡Adiós, nodriza! ¡Ahora
 Al tálamo!—La muerte es ya mi esposo.
 A tu cuarto. A Romeo sin demora
 Buscaré. Consolarte me es forzoso.
 De Fray Lorenzo allá en la celda llora:
 Tu amante luégo te verá gozoso.
 Darás esta sortija al dueño mío;
 Dile que su postrer adiós ansio. (Vanse.)

AMA.

JUL.

ESCENA III.

La celda de Fray Lorenzo.

Entra FRAY LORENZO.

FR. LOR. Romeo, ven; ven, infeliz mancebo,
 Que de tí la desdicha se ha prendado,
 Y tú con el dolor te desposaste.

Entra ROMEO.

ROM. Padre, decid, el Príncipe ¿qué ordena?
 Podré yo saludar pena ninguna
 Que no conozca ya?

FR. LOR. Mi amado hijo
 Harto conoce tan crüel campaña.
 Del Príncipe te traigo la sentencia.

- ROM. ¿Cuál otra puede ser que la de muerte?
- FR. LOR. Otra más dulce pronunció su labio;
No es muerte su sentencia, que es destierro.
- ROM. ¡Destierro! ¡Por piedad! Decid la muerte.
Más la faz del destierro me intimida
Que la faz de la muerte. No, no sea.
- FR. LOR. Te encuentras de Verona desterrado.
Ten calma, que ancho asaz es este mundo.
- ROM. No hay mundo fuera de Verona; es solo
Purgatorio, dolor, horrible infierno.
Desterrado de aquí, lo estoy del mundo;
Y ser del mundo desterrado, es muerte.
Es el destierro, pues, la muerte misma;
Y, destierro á la muerte apellidando,
Herís mi cuello con segur de oro,
Y os sonreís del golpe que me mata.
- FR. LOR. ¡Oh pecador mortal, ingrato y torpe!
Tu delito es la muerte; pero blando
El Príncipe, torcer las leyes sabe,
Y cambiar la voz «muerte» con «destierro»,
Dulce piedad que agradecer debieras.
- ROM. Tormento y no piedad. En este sitio
El cielo está donde Julieta vive.
El mísero lebrel, el pobre gato,
El infeliz ratón, un sér cualquiera
Vive en el cielo; aquí, pues, verla puede;
Pero Romeo no. Más importancia,
Más honra y valimiento se atesoran
En el tábano inmundo que en Romeo,
Pues sobre el blanco asombro de la mano
Puede posar de la gentil Julieta,
O libar de sus labios bendiciones;
De esos labios tan puros que imaginan,
En el carmín de su vestal modestia,

Sus recíprocos ósculos pecados.
 Romeo tal no hará. Volar le mandan,
 Y al triste insecto volador envidia.
 ¿Y decís que el destierro no es la muerte?
 ¿No tenéis veneno, hierro agudo,
 O medio más veloz por vil que fuera,
 Para matar, mas que la voz «destierro?»
 «¡Destierro!» Tal palabra, padre mío,
 En el bátraco el réprobo repite.
 ¿Cómo pudisteis vos, buen sacerdote,
 Mi confesor, sostén de mi conciencia
 Y mi mejor amigo, lacerarme
 Con esa voz fatídica «destierro?»

FR. LOR. Oye, demente, apasionado joven.

ROM. Me hablaréis nuevamente de destierro.

FR. LOR. Contra esa voz coraza quiero darte:
 El néctar del dolor, filosofía,
 Que logrará calmarte en el destierro.

ROM. ¡Destierro!—¡Atrás, crúel filosofía!
 Si no me puede hacer una Julieta,
 Mudar un pueblo ó cancelar un fallo,
 Ni me ampara, ni sirve, ni os escucho.

FR. LOR. ¡Ah! No tienen oídos los dementes.

ROM. Ni es mucho, si están ciegos los juiciosos.

FR. LOR. De tu estado permite que te hable.

ROM. De lo que no se siente no se habla.
 Fuerais vos joven, vuestro amor Julieta,
 Recién esposo, idolatrando ciego,
 Muerto por vos Teobaldo, desterrado;
 Y al hablar los cabellos os mesarais,
 Arrojándoos al suelo, cual yo ahora,
 Para tomar medida de mi tumba. (Golpes dentro.)

FR. LOR. Alza, llaman. Ocúltate, Romeo.

ROM. No tal, á menos que en espesa nube

- De mis suspiros el vapor me envuelva. (Golpes.)
- FR. LOR. Oye.—¿Quién va?—Levántate, Romeo.
Quizás te prendan.—Esperad.—Levanta.—
(Golpes.)
A mi celda.—Ya van.—Pero ¡Dios mío!
¿Qué necedad es esta?—Presto acudo. (Golpes.)
¿Quién llama así? ¿Quién es? Decid qué ocurre.
- AMA. (Dentro.)
Dejadme entrar, y mi mensaje cumpla.
Julieta aquí me manda.
- FR. LOR. Bienvenida.
- Entra el AMA.
- AMA. Santo fraile, decidme, santo fraile,
¿Dónde el señor está de mi señora?
- FR. LOR. Allí tendido, y con su llanto ebrio.
- AMA. Es de mi ama idéntico el estado;
Idéntico.
- FR. LOR. ¡Funesta simpatía!
¡Trance cruel!
- AMA. Igual estado el suyo.
Llora y gime, y más tarde gime y llora.
Alzad, alzad, alzaos y sed hombre.
Por amor de Julieta, alzad del suelo,
Y dejad de lanzar tan hondos ayes.
- ROM. Ama.
- AMA. Señor, la muerte acaba todo.
- ROM. Hablabas de Julieta; ¿qué le pasa?
¿No me juzga impertérrito asesino
A mí, que á la niñez de nuestra dicha
Manché con sangre, sangre casi suya?
¿Dónde está? ¿qué le pasa? ¿qué te ha dicho
Mi oculto amor de nuestro amor manchado?
- AMA. ¡Ah, señor! nada dice. Llora y llora,

- Se recuesta en el lecho, se levanta,
«Teobaldo» grita al fin, después «Romeo,»
Y en el lecho se postra nuevamente.
- ROM. Cual si ese nombre disparado fuera
De ánima de cañon y la matara,
Como la infame mano de ese nombre
A su deudo mató. Decidme, ¡oh Padre!
Mi nombre ¿en qué vil parte de mi cuerpo
Mora? Decidlo, para entrar á saco
En la odiosa mansión. (Desenvainando su puñal.)
FR. I. OR. Detén tu diestra.
- ¿Eres hombre? Tu forma lo publica.
Tu llanto es de mujer, y tus acciones
De fiera que carece de albedrío.—
Débil mujer, con varonil aspecto,
O fiera que parece entrambas cosas,
¡Me espantas! ¡Por mis hábitos benditos,
Que de temple mejor te presumía!
¿Tras dar muerte á Teobaldo te mataras?
¡Y á la dama también que por tí vive
Matarías quitándote la vida!
De tu origen, del cielo y de la tierra
¿Por qué maldices?—En tu sér se aunaron,
Y todo perderás en un instante.
¡Qué oprobio! Tu exterior desacreditas,
Tu amor y tu talento. Cual avaro,
Posees gran caudal, y no lo empleas
En adornar, como adornar debías,
Ese aspecto, ese amor y ese talento.
Es de cera, no más, tu noble forma,
Que del aliento varonil carece.
Es perjurio tu amor y huecos votos,
Pues matas al amor que honrar juraste.
Tu talento, de amor y forma ornato,

- AMA. Este anillo tomad, que me ha entregado;
Id presto, id, que ya la noche cierra. (Vase.)
- ROM. ¡Mis esperanzas reanimarse ve!
- FR. LOR. Véte, adiós. Ten en cuenta lo que dije,
Y véte antes del toque de Diana,
Ó sal, si ha amanecido, disfrazado.
Vé á Mantua. Yo hablaré con tu escudero,
Y á menudo tendrás por él noticias
De cuanto ocurra aquí que te interese.
Dáme la mano; adiós, felices noches.
- ROM. Dicha que es más que dicha, ya me espera,
O tan presto partir desdicha fuera.
Adiós. (Vanse.)

ESCENA IV.

Habitación en la casa de Capuleto.

Entran CAPULETO, la SEÑORA DE CAPULETO
y PARIS.

- CAPUL. Los recientes sucesos desgraciados
Me han impedido hablar con nuestra hija.
Gran afecto á Teobaldo profesaba,
Y yo también. Pero ¡morir es fuerza!
No bajará esta noche, pues ya es tarde;
Y á no ser por estar con vos, os juro
Que ha una hora en mi lecho me encontrara.
- PARIS. En cuita tal no caben galanteos.
Señora, recordadme á vuestra hija.
- CAPUL. Conde, yo os comprometo formalmente
De mí hija la mano. Pienso que ella

Oirá mi voz; es más, os lo aseguro.
 Antes de recogerte, véla, esposa,
 Y cuéntale el amor de mi hijo Paris,
 Y dile ¿estás? que el miércoles que viene...
 Poco á poco, ¿hoy qué es?

PARIS. Señor, es lunes.

CAPUL. Lunes. ¡Ya! Pues no el miércoles; digamos
 El jueves. Le dirás que el jueves mismo
 Con este noble Conde ha de casarse.
 ¿Estáis pronto? ¿Os agrada la premura?
 Fiesta no habrá; no más de un par de amigos.
 Porque ¡ya veis! la muerte de Teobaldo
 Es tan reciente, que creer podrían
 Que le honrábamos poco como á deudo
 Si hubiera gran función. Por tanto, sólo
 Vendrán media docena de personas.
 ¿Qué os parece del jueves?

PARIS. Señor mío,
 Que ojalá que mañana fuera jueves.

CAPUL. Ahora partid; el jueves, pues, que sea.
 Antes de recogerte, del suceso
 Cuida tú que Julieta tenga aviso.
 Adiós, señor. ¡Ea, luces! A mi alcoba
 Preceded; es tan tarde, que muy pronto
 Se llamará temprano. Buenas noches. (Vanse.)

ESCENA V.

Galería que conduce á la alcoba de Julieta con vista al jardín.

Entran ROMEO y JULIETA.

- JUL. ¿Te quieres ir? Aun lejos viene el día.
 La voz del ruiseñor, no de la alondra,
 Hizo vibrar tu tímpano medroso.
 Canta en aquel granado cada noche;
 Créeme, fué el ruiseñor, amado mío.
- ROM. La alondra fué, del alba precursora,
 No el ruiseñor. Contempla, amada mía,
 Las crueles tintas que á las rotas nubes
 Bordando van en el remoto Oriente.
 Ya se apagaron las nocturnas teas,
 Y ya vivaz el día se incorpora
 Sobre las crestas húmedas del monte.
 Irme y vivir, ó aquí morir es fuerza.
- JUL. Esa luz no es la luz de la alborada,
 Segura de ello estoy. Es meteoro
 Desprendido del sol para alumbrarte
 En tu nocturna expedición á Mantua:
 Quédate, pues. ¿A qué partir tan presto?
- ROM. ¡Háganme prisionero, denme muerte!
 Como lo mandes tú, poco me importa.
 Diré que no es la luz de la mañana
 El griseo resplandor que allí vislumbro,
 Sino de Cintia el pálido reflejo.
 Diré que no es el canto de la alondra
 El que la excelsa bóveda repite;

- Más que partir, permanecer ansío.
 Muerte, ven, pues Julieta lo desea.
 Hablemos, dulce amor, aun no clarea.
- JUL. Sí tal, sí tal; al punto véte, véte;
 La alondra es. Su canto discordante,
 Desapacible y áspero resuena;
 Dicen que con primor une sus notas,
 ¡Ella, que así á nosotros nos desune!
 Dicen que con el sapo de ojos muda;
 Ojalá que de acento cambiara,
 Que de esa voz la resonancia ruda
 De mis amantes brazos te separa,
 Y con graves maitines te saluda.
 Mas véte ya, que cada vez más clara
 Se aproxima la luz.
- ROM. ¿La luz dijiste?
 La oscuridad de nuestra suerte triste.
- Entra el AMA.
- AMA. ¡Julieta!
- JUL. ¡Ama!
- AMA. Que tu madre viene.
 Amanece, sé cauta, ponte alerta. (Vase.)
- JUL. Entre, ventana, luz y salga vida.
- ROM. Un beso. ¡Adiós, adiós, y ya desciendo!
 (Desciende.)
- JUL. ¿Te fuiste? Mi señor, amado mío,
 Mi dulce amigo, que de tí yo sepa
 Todos los días: cada instante. Hay muchos
 Días en un minuto, y de esta suerte
 Habré de envejecer antes que pueda
 Otra vez contemplar á mi Romeo.
- ROM. Adiós. Por cuantos medios imagine
 Te enviaré bendiciones, amor mío.

- JUL. ¡Ah! ¿volvernos á ver posible juzgas?
- ROM. Sí tal, y nuestras cuitas actüales
En pláticas de amor recordaremos.
- JUL. ¡Ay Dios! ¡Cuán triste espíritu me anima!
Ahí abajo parece que te veo
Cadáver en el fondo de una tumba.
Pálido estás, ó me engañó la vista.
- ROM. Pues pálida también te ven mis ojos.
Dolor sediento nuestra sangre bebe.
¡Adiós, adiós! (Vase.)
- JUL. Fortuna, cruel fortuna,
Mudable á tí te llaman; poco importan
Para el amante fiel tus veleidades.
Sé mudable, fortuna, que así espero
Que no lo detendrás y me lo envíes.
- S. DE C. (Dentro.) Hija, ¿despierta estás?
- JUL. Mas ¿quién me llama?
¿No se ha acostado aún, ó es que madruga?
¿Qué imprevisto suceso la conduce?
- Entra la SEÑORA DE CAPULETO.
- S. DE C. Julieta, ¿cómo es esto?
- JUL. No estoy buena.
- S. DE C. ¿Aun llorando la muerte de tu primo?
¿Quieres sacarlo á flote de su tumba
Con lágrimas? Ni así resucitara.
Cesa, pues, que aunque el llanto amor indica,
Demenciã es el excesivo llanto.
- JUL. Pérdida tan crüel dejad que llore.
- S. DE C. La pérdida así sientes, no al amigo
Por quien lloras.
- JUL. La pérdida sintiendo,
Me es forzoso llorar por el amigo.
- S. DE C. Niña, tú lloras, más que por su muerte,

- Porque vive ese vil que lo ha matado.
- JUL. Madre mía, ¿qué vil?
- S. DE C. El vil Romeo.
- JUL. (Aparte.) Hay entre un vil y él leguas bastantes.
Dios lo perdone como yo perdono,
Aunque nadie mayor pena me causa.
- S. DE C. Esõ es porque vive el asesino.
- JUL. Sí, fuera del alcance de mis brazos.
A mi primo vengar yo sola quiero.
- S. DE C. Nos vengaremos, si; tu llanto enjuga.
Órdenes he de dar á uno de Mantua,
Donde ese infame desterrado vive:
Le brindará con pócima no vista,
É irá presto en compañía de Teobaldo:
Juzgo que entonces quedarás contenta.
- JUL. Nunca estaré contenta si no miro
A Romeo... difunto... El pobre pecho
Oye el clamor que un deudo provocara.
Señora, si encontráis alguien que lleve
Un tósigo, dejadme prepararlo,
Y Romeo, después que lo reciba,
En paz podrá dormir. ¡Cuánto detesto
Oirlo nombrar sin yo tenerlo cerca
Y vengar el amor hacia mi primo
Sobre ese cuerpo que matarlo pudo!
- S. DE C. Busca tú medios mientras busco al hombre;
Pero ahora, niña, escucha alegres nuevas.
- JUL. Viene bien en tal cuita la alegría.
¿Qué nuevas son? Decídmelas, señora.
- S. DE C. Hija, tienes un padre cariñoso
Que, anhelando aliviar tu amarga pena,
Te proporciona un día de ventura
Que ni esperabas tú ni yo esperaba.
- JUL. ¡Vaya en gracia! Decid, ¿cuál es el día?

S. DE C. Pues, hija, el jueves próximo, temprano,
De San Pedro en la iglesia, alegremente
Ese elegante y joven caballero,
Conde Paris, te hará feliz esposa.

JUL. Pues por la iglesia de San Pedro os juro,
Y también por San Pedro, que no puede
Lograr hacerme allí feliz esposa.
Me asombra prisa tal. ¿He de casarme
Antes que de su amor me hable mi esposo?
A mi padre y señor decid, señora,
Que aun no me he de casar. Cuando lo haga,
Os juro que más bien será mi esposo
Romeo, á quien os consta que detesto,
Que Paris. ¡Pues son nuevas ciertamente!

S. DE C. Tu padre llega. Díselo tú misma,
Y verás de qué modo lo recibe.

Entrañ CAPULETO y AMA.

CAPUL. A la puesta del sol mana rocío;
Mas puesto el sol del hijo de mi hermano,
Llueve á torrentes.

Vaya, niña, ¿te vuelves atarjea?
¿Llorando aún? ¿El chaparrón no acaba?
Tu cuerpecito es barca y mar y viento,
Porque en tus ojos, que la mar yo llamo,
Hay mareas de lágrimas, y es barca
Tu cuerpo que en tal piélagos navega.
Son viento tus suspiros, que, luchando
Furiosos con tus lágrimas, podrían
Hacer que el triste cuerpo zozobrase.
Dime, esposa, ¿mis órdenes cumpliste?

S. DE C. Sí, mas no quiere; lo agradece. ¡Necia!
Con su tumba casarse debería.

CAPUL. ¡Oiga! Que yo me entere. Dime, esposa.

- ¿Cómo? ¿No quiere? ¿No nos lo agradece?
 ¿Orgullosa no está? ¿No está contenta
 La indigna de que hayamos encontrado
 Tan noble caballero para esposo?
- JUL. ¿Orgullosa? No tal; agradecida,
 Eso sí. Que orgullosa no es posible
 De lo que se odia estar; pero el cariño,
 Que aun lo odiado nos brinda, se agradece.
- CAPUL. ¡Hola, hola! Retóricas. ¿Qué es esto?
 «Orgullosa,» y «sí, gracias,» y «no, gracias,»
 Y «no orgullosa». Señorita mía,
 No me vengas con gracias y orgullezas;
 Mas prepara tus finas coyunturas
 Para que el jueves próximo, con Paris,
 Caminen á la iglesia de San Pedro,
 O arrastrando te llevo en una espuerta.
 Véte, histérica, necia; vete, imbécil,
 Faz de cera.
- S. DE C. ¿Estás loco? Calla, calla.
- JUL. Buen padre, de rodillas os suplico
 Que una palabra me escuchéis paciente.
- CAPUL. ¡En hora mala! ¡Imbécil! ¡Vil criatura!
 Escucha: irás el jueves á la iglesia,
 O no me vuelvas á mirar al rostro,
 Ni hables, ni supliques, ni respondas.
 Mi mano tiembla. Esposa, y yo creía
 Que escasa bendición de Dios logramos
 Con tener hija única; mas veo
 Que aun ésta sobra, y maldición ha sido.
 ¡Afuera con la indigna!
- AMA. ¡Dios la ampare!
 No la tratéis, señor, tan duramente.
- CAPUL. ¿Por qué no, sabia dama? Ten el pico,
 Prudencia, y á charlar con tus iguales.

AMA. No hago ofensa.

CAPUL. Sí, sí; felicés días.

AMA. Mas no puede una hablar.

CAPUL. Calla, chicharra;

Habla con tus comadres cuando cenas,

Pero aquí no hace falta.

S. DE C. Te hallas ciego.

CAPUL. ¡Ira de Dios! Me siento volver loco.

De día y noche, por mañana y tarde,

En casa y calle, solo, acompañado,

En vela, en sueños, mi cuidado ha sido

Casarla; y al instante que le encuentro

Un caballero de familia excelsa,

Bien afinado, joven, elegante,

Lleno, cual dicen, de brillantes dotes,

La misma perfección puede decirse,

Esa imbécil mozuela, esa muñeca,

Responde al sonreírle la fortuna:

«No me quiero casar,» «amar no puedo,»

«Soy demasiado joven,» «perdonadme.»

Pues bien, si no te casas, te perdono;

Mas vive donde quieras, no en mi casa;

Piensa en ello, no suelo gastar bromas.

El jueves está cerca; pon tu mano

Sobre tu corazón y ten cordura.

Si accedes, te desposas con mi amigo;

O ahórcate si no, pide limosna,

O muérete de hambre por las calles,

Porque juro jamás reconocerte,

Ni nadie mío te dará su amparo.

Medita; nunca falto á un juramento. (Vase.)

JUL. ¿No hay piedad en los cielos, que conocen

El insondable abismo de mi pena?

No me desamparéis, madre querida.

- Mi casamiento un mes, una semana
 Posponed, ó mi tálamo que sea
 De Teobaldo el sombrío monumento.
- S. DE G. No me hables, no puedo responderte;
 Haz lo que quieras; acabé contigo. (Vase.)
- JUL. ¡Ay Dios! ¡Ay Ama! díme de qué modo
 Lo evitaré; mi esposo está en la tierra,
 Mi fe en el cielo está. Cómo del cielo
 A la tierra mi fe tornar ya puede,
 Si dejando la tierra no la envía
 Desde el cielo mi esposo. Tus consejos,
 Tus consuelos reclamo. ¡Ay triste, ay triste!
 ¡Que el cielo tales artificios use
 Contra un sér, como yo, tan desvalido!
 ¿Qué dices? ¿Ni una voz para alegrarme?
 ¿Ni un consuelo siquiera?
- AMA. Pues es esto.
 Romeo, desterrado, apuesto el mundo
 Contra nada que á verte no retorna,
 O volverá á hurtadillas, si es que vuelve.
 Así, pues, me parece convendría
 Casarte desde luego con el Conde.
 Es gentil y gallardo caballero;
 Con él en parangón es mera zupia
 Romeo. Ni del águila los ojos
 Son tan verdes, tan vivos ni tan bellos
 Como son los de Paris. ¡Por mi vida!
 Este segundo esposo te conviene
 Más que el primero; y, aunque así no fuera,
 El primero ya es muerto, ó para el caso
 Es igual; pues á tí ¿de qué te sirve?
- JUL. ¿Me habla tu corazón?
- AMA. Y el alma mía,
 O mal hayan los dos.

JUL.

Amén.

AMA.

¿Qué dices?

JUL.

Nada. Me has consolado grandemente.
Vé adentro; que he salido dí á mi madre,
Porque, habiendo á mi padre disgustado,
La absolución de Fray Lorenzo busco.

AMA.

Lo haré, sí tal; pues obras con cordura. (Vase.)

JUL.

¡Vieja malvada! ¡Lucifer maldito!

¿Cuál de los dos es tu mayor pecado?

¿Al perjurio inducirme, ó que rebajes

Al dueño mío con la misma lengua

Que sér sin par lo declaró mil veces?

Consejera, de hoy más el pecho mío

Huye de tí. Mi confesor me ampare,

Y él hallará tal vez medio supremo,

O yo sabré morir en caso extremo. (Vase.)